

柳生宗矩 (Yagyū Munenori)

HEIHŌ KADENSHO

兵法花伝書

Libro de las Enseñanzas Familiares
sobre el Arte de la Estrategia



Ediciones
Clío

Edición, traducción y Prólogo
Dr. Jorge Fymark Vidovic López

Yagyū Munenori

HEIHŌ KADENSHO

Libro de las Enseñanzas Familiares sobre el Arte de
la Estrategia

Edición, traducción y Prólogo.
Dr. Jorge Fymark Vidovic López

Fundación Ediciones Clío

Maracaibo, 2025

Heihō Kadensho. Libro de las Enseñanzas Familiares sobre el Arte de la Estrategia
Yagyū Munenori (autor).



@ Fundación Ediciones Clío
Noviembre de 2025

Maracaibo, Venezuela
1ª edición

ISBN:

Diseño de portada: Janibeth Maldonado
Diagramación: Julio César García Delgado

© 2025, Dr. Jorge Fymark Vidovic López y Ediciones Clío. Todos los derechos reservados para la traducción y los materiales editoriales de la presente edición, publicada en esta colección.exclusiva responsabilidad de los autores

Fundación Ediciones Clío

El *Heihō Kadensho*, escrito en el Japón del siglo XVII por Yagyū Munenori, es uno de los textos más profundos y sutiles jamás dedicados al arte del combate y a la formación del carácter. Aunque nace del mundo de la espada, su verdadero territorio es el de la mente: cómo percibe, decide y actúa el ser humano ante la presión, el conflicto y la incertidumbre. Esta nueva edición presenta una traducción rigurosa y un estudio preliminar que sitúan la obra en su contexto histórico, filosófico y espiritual, mostrando cómo Munenori articuló un modelo de autocultivo que combina la disciplina marcial con la claridad interior promovida por el Zen.

Lejos de ser un manual técnico, el *Kadensho* funciona como un espejo donde el lector descubre el origen de sus movimientos —físicos y mentales— y la raíz de sus decisiones. A través de enseñanzas, metáforas y advertencias, el autor revela un modo de mirar la realidad en el que la eficiencia, la serenidad y la lucidez se convierten en un único gesto. Esta edición busca ofrecer al lector contemporáneo una puerta de acceso limpia, fiel y exigente a uno de los textos fundamentales de la tradición japonesa sobre la vía, la estrategia y el dominio de uno mismo.

Dr. Jorge Fymark Vidovic López

<https://orcid.org/0000-0001-8148-4403>

Director Editorial

<https://www.edicionesclio.com/>

Prólogo

Hay libros que nacen del deseo de comprender el mundo y otros que brotan de la necesidad de comprenderse a uno mismo. El *Heihō Kadensho* pertenece a esta segunda naturaleza. Aunque hable de la espada, no es un tratado técnico; aunque su autor formara a los hombres más poderosos de su tiempo, no es un manual militar. Es, ante todo, un espejo: un espacio donde el lector puede ver la raíz de sus movimientos, el origen de sus decisiones y el estado real de su espíritu. Munenori no enseña cómo vencer; enseña cómo ver, cómo desentrañar la fuente interior de todo conflicto antes de que éste tome forma.

Para comprender la profundidad de este texto conviene recordar el momento en que fue escrito. Japón acababa de dejar atrás más de un siglo de guerras civiles y se adentraba en la estabilidad del régimen Tokugawa. La espada, que había sido instrumento de supervivencia, corría el riesgo de convertirse en un símbolo vacío para un guerrero transformado en burócrata. En esa transición, en ese instante donde la violencia cesa pero la mente aún recuerda el filo, surge el *Heihō Kadensho*. Munenori intenta responder a una inquietud decisiva: ¿qué significa ser guerrero cuando la guerra ha desaparecido?, ¿cómo mantener disciplina, vigilancia y claridad en un mundo donde ya no se desenvaina la espada?

El autor procede de una tradición marcial excepcional: la escuela Yagyū Shinkage-ryū, heredera del genio de Kamiizumi Nobutsuna, quien transformó la esgrima en un arte de percepción más que de fuerza. Su principio esencial —“la victoria surge del vacío”— marcó el linaje Yagyū y moldeó la filosofía de Munenori. Para esta escuela, la verdadera apertura no es física, sino mental; la técnica suprema no consiste en atacar, sino en ver. La espada no corta por su filo, sino por la claridad del espíritu que la sostiene. Este énfasis en la percepción distingue a la Shinkage-ryū de

otras tradiciones, y permite entender por qué en Munenori la práctica marcial se convierte en una disciplina ética y psicológica.

Munenori, maestro de tres shōgun, entendió que el combate del futuro no sería una cuestión de vida o muerte en el campo de batalla, sino un enfrentamiento más sutil: el que se libra en la mente, en el carácter y en las decisiones que gobiernan a otros. Su relación con el monje Zen Takuan Sōhō reforzó esta visión. Ambos compartían la certeza de que la mente atada —a la ira, al miedo, al deseo de victoria o a la obsesión técnica— es derrotada antes de mover un solo paso. Así, el *Kadensho* se convierte en una guía para actuar sin rigidez, sin fijación, sin turbulencias interiores: una forma de gobernar la propia percepción para que la acción surja justa, precisa y sin error.

La estructura del tratado —la espada que mata, la espada que da la vida y la no-espada— revela un mapa interior del espíritu. En la primera, el combate refleja la confusión de la mente: quien desea ganar o teme morir pierde la capacidad de ver y actúa con torpeza. En la segunda, la espada se convierte en instrumento de corrección: el guerrero preserva la vida porque percibe el error antes de que el conflicto estalle. En la tercera, la espada desaparece: el maestro ya no necesita armas porque su percepción es tan clara que el enfrentamiento se disuelve antes de nacer. Estas tres etapas no describen técnicas, sino grados de libertad interior.

El *Kadensho* también desarrolla una comprensión profunda del ritmo, la distancia y la percepción. El *maai* —la relación entre tiempo, espacio y oportunidad— se interpreta como la capacidad de situarse de manera exacta ante la vida. La percepción es el arte de ver la intención antes del movimiento, tanto en el adversario como en uno mismo. La claridad del corazón, finalmente, constituye la fuente de toda acción correcta: una mente transparente refleja la realidad sin distorsionarla y permite actuar sin error. De este modo, el combate se convierte en una metáfora de la mente: toda derrota surge de una confusión previa; toda acción lúcida nace de un espíritu en calma.

Estas enseñanzas, lejos de pertenecer únicamente al Japón del siglo XVII, dialogan directamente con nuestra vida contemporánea. En un mundo saturado de estímulos, donde el conflicto aparece en la prisa, en

las relaciones o en la incertidumbre del porvenir, la claridad que propone Munenori es una herramienta de lucidez. Su tratado puede leerse como un manual de liderazgo, una guía de autoconocimiento, un arte del manejo del conflicto o una disciplina mental orientada a actuar sin ansiedad ni rigidez. La espada desaparece, pero lo que revela —la mente transparente— sigue siendo imprescindible.

Leer el *Heihō Kadensho* es aceptar un desafío: ver sin deformaciones, actuar sin torpeza, cortar sin violencia, dejar de sostener aquello que nos ata. Cada página invita a un gesto inhabitual: detenerse, respirar, observar. No es un texto para ser leído con prisa; cada frase exige un silencio previo y un espacio interior donde su sentido pueda asentarse. Si se lee así, con el espíritu abierto y la mente serena, este tratado se revela no como un documento del pasado, sino como un camino vivo hacia la claridad, una forma de vivir sin necesidad de espada.

Dr. Jorge Fymark Vidovic López
Ediciones Clío

La espada que mata. (*Satsujin no Tachi* – 殺人刀)

En el Camino de la espada, lo primero que debe comprenderse es la naturaleza del peligro. La espada mata porque corta, porque abre el cuerpo del adversario y porque pone fin a la vida en un instante. Esa es su función más baja y evidente. Quien solo aprende a herir o destruir no ha alcanzado todavía el verdadero sentido del *heihō* (兵法).

El practicante común se aferra al filo y cree que su fuerza reside únicamente en la violencia. Pero el maestro sabe que la espada que mata es también la que puede perder el control. Cuando el corazón se tensa y la mente se llena de ira, orgullo o miedo, la espada se vuelve torpe, pesada e impredecible. La muerte surge entonces no por claridad, sino por confusión.

La espada que mata exige un espíritu vacío y alerta. No se trata de cortar por impulso, sino de ver con nitidez: el movimiento del otro, su intención, su respiración, su postura, su error. La muerte ocurre porque se ha percibido la apertura, el descuido o la rigidez del adversario. Cortar no es un acto de furia, sino de comprensión.

Si el hombre se precipita, pierde. Si duda, pierde. Si se aferra a la vida, pierde. Si se aferra a la victoria, también pierde. La espada actúa correctamente solo cuando el corazón está libre tanto del deseo de matar como del deseo de sobrevivir. En ese estado, el cuerpo se mueve por sí mismo y corta sin esfuerzo.

Cuando la mente se nubla, incluso un golpe favorable se vuelve inútil. Cuando está clara, una acción mínima contiene la fuerza suficiente para destruir al adversario. Por eso, la esencia de la espada que mata no está en el filo, sino en la ausencia de obstrucciones interiores.

El guerrero debe comprender que matar es, en cierto sentido, una derrota del Camino más alto. Si el adversario ha llegado al punto en que debe ser destruido, significa que no se previó a tiempo el peligro, no se

corrigió su error y no se disolvió la raíz del conflicto. La espada que mata es el último recurso, nunca la primera elección.

Aun así, cuando el orden del mundo está en riesgo, cuando la maldad se levanta o cuando la vida del inocente peligra, el guerrero debe cortar sin vacilación. La duda en esos momentos es una traición al deber. Pero incluso entonces, el corte debe nacer de la claridad, no del odio.

Matar con la espada es cortar la vida del otro. Pero si ese corte nace de la rectitud, no procede de emociones bajas, sino de la responsabilidad de impedir un daño mayor. La espada que mata debe usarse con plena conciencia de su peso. No es un acto glorioso, sino una carga.

La muerte, en el Camino, no es una victoria, sino una consecuencia. El verdadero dominio consiste en ver el origen del conflicto antes de que tome forma. Cuando esta visión no es posible y la violencia irrumpe, la espada que mata debe emplearse con precisión: sin exceso, sin brutalidad, sin disfrute, sin rencor.

Así, el guerrero comprende que el filo que hiere es también un espejo. Si el corazón está turbio, la espada será torpe. Si está limpio, la espada cumplirá su deber sin desviarse. Éste es el fundamento de la primera enseñanza del *Kadensho*.

La comprensión de la espada comienza cuando el guerrero reconoce que el peligro no reside solo en el adversario, sino también —y sobre todo— en su propia mente. La percepción distorsionada es más letal que cualquier filo; un solo error nacido de la confusión basta para perder la vida. Por esa razón, el primer enemigo del practicante es su agitación interior.

El adversario se manifiesta en su postura, en su respiración, en el peso de sus pasos, en la tensión de su hombro, en la rigidez de su mirada. Pero más sutil aún es el adversario interno: la duda, el deseo de mostrar habilidad, la prisa por vencer, el miedo a perder. Quien combate sin haber vencido estas sombras lucha a ciegas.

Para ver con claridad, el guerrero debe estudiar el instante. La apertura del oponente no es un punto fijo, sino una variación imperceptible en el flujo de su movimiento. La oportunidad surge entre respiraciones,

entre parpadeos, entre pensamientos. Para percibirla, la mente debe permanecer calmada y flexible.

Si se observa demasiado, uno se vuelve lento. Si se observa demasiado poco, uno se vuelve torpe. La visión correcta no es excesiva ni insuficiente: es como la superficie tranquila de un estanque que refleja sin distorsión lo que tiene delante. Esta mente clara es indispensable para la espada que mata.

En el combate, muchos creen que la victoria se alcanza atacando con ímpetu. Pero el ataque precipitado, sin comprender la intención del adversario, conduce a la derrota. La verdadera espada no se precipita: entra cuando el otro ya ha perdido la capacidad de ver; corta cuando el otro está atado a su propia acción.

El flujo del conflicto se decide antes del choque de los sables. El guerrero debe sentir el vacío y la plenitud en el cuerpo del otro: dónde su energía se acumula, dónde se dispersa. Allí donde hay rigidez, hay derrota; donde hay exceso de fuerza, hay apertura. La acción correcta consiste en penetrar ese vacío antes de que el adversario sea consciente de él.

No hacen falta grandes movimientos. Un mínimo ajuste puede quebrar la raíz de la intención del otro. Cuando se ha penetrado en su ritmo, su técnica se desmorona, su fuerza pierde dirección y su espada —por afilada que sea— se vuelve inútil. Entonces, el corte ocurre como algo inevitable.

El guerrero debe cuidarse también de los engaños. El adversario puede mostrar fuerza para ocultar debilidad, o debilidad para atraer al avance temerario. Puede avanzar para forzar el retroceso, o retroceder para atraer hacia una trampa. Quien no sabe leer estos cambios queda atrapado en la apariencia.

Por eso, el corazón debe permanecer sin ataduras. Si uno fija su mente en un solo aspecto, pierde los otros. Si desea demasiado una apertura, caerá en un engaño. Si teme demasiado un ataque, abrirá su propia defensa. La mente debe moverse con libertad absoluta: ver todas las posibilidades sin aferrarse a ninguna.

Cuando llega el momento de cortar, no debe existir duda. La espada que mata actúa en un solo pensamiento, sin división. Si la mente se di-

vide entre “atacar” y “no atacar”, el cuerpo se paraliza. Si se divide entre “vivir” y “vencer”, la acción pierde claridad. En ese instante, el adversario penetra.

La esencia de esta enseñanza es que el acto de matar no puede separarse del acto de ver. La espada sigue a la percepción; la percepción sigue a la mente; la mente sigue al espíritu. Si el espíritu es confuso, la mente se agita; si la mente se agita, la percepción se nubla; si la percepción se nubla, la espada fracasa.

Aun así, la espada que mata es apenas la puerta inicial del Camino. Es necesaria para comprender la naturaleza del conflicto, pero no su culminación. Quien se queda en este nivel permanece atado a la violencia y no ha alcanzado la libertad interior.

La segunda enseñanza comienza cuando el guerrero comprende que existe una espada que, pudiendo destruir, también puede preservar. Y que la verdadera victoria, en muchos casos, consiste en evitar que la violencia nazca.

La espada que da la vida. (*Katsujin-ken* – 活人剣)

La espada que da la vida es superior a la espada que mata. En la primera enseñanza, el guerrero comprendió la naturaleza del peligro y el modo correcto de cortar. Pero esa comprensión, aunque necesaria, sigue perteneciendo al nivel más bajo del Camino: allí donde la espada hiere y destruye, todavía existe ignorancia. Allí donde el conflicto se resuelve con la muerte, aún no se ha alcanzado la raíz del *heihō* (兵法).

La verdadera espada es la que protege. Su propósito no es destruir, sino impedir que la violencia surja innecesariamente. El guerrero que domina esta enseñanza percibe el peligro antes de que tome forma, disuelve la intención hostil antes de que se exprese y evita la desgracia no solo para sí mismo, sino para todos los implicados.

Cuando hablamos de “dar la vida”, no nos referimos a perdonar capri-

chosamente. Significa actuar de tal modo que la presencia del guerrero restaure el orden sin necesidad de destruir. Un solo gesto, una palabra exacta, un movimiento preciso o incluso la sola postura pueden devolver al otro su claridad y evitar que el mal avance.

El maestro compara esta espada con la medicina. El buen médico no espera a que la enfermedad devore el cuerpo: observa los signos tempranos, corrige los pequeños desequilibrios y restaura la armonía antes de que el peligro se manifieste. Del mismo modo, el guerrero percibe la raíz del conflicto en su origen y la disuelve antes de que requiera ser cortada.

La espada que da la vida surge de un espíritu inmóvil. El guerrero no se precipita ni se deja arrastrar por el miedo, la ira o el deseo de demostrar habilidad. Su mente observa el movimiento del otro y ve su corazón. Cuando detecta que la intención hostil aún no ha madurado, actúa para detenerla mediante la palabra, el gesto, la mirada o la presencia.

Quien domina esta enseñanza tiene una visión más amplia que la del mero combatiente. No considera únicamente su propia victoria, sino el destino de todos: los inocentes, los subordinados, los cercanos y también los adversarios. Sabe que matar puede resolver un instante, pero no resuelve la raíz profunda del conflicto. La violencia perpetúa la violencia; la claridad la disuelve.

La espada que da la vida exige una comprensión profunda de la intención del otro. No basta observar sus movimientos: hay que mirar su espíritu. Cuando el corazón del adversario está confundido o arrastrado por sus pasiones, el maestro lo corrige sin destruirlo. Su acto no es indulgencia, sino responsabilidad.

Esta corrección no siempre es suave. A veces, el guerrero debe derribar al adversario sin herirlo gravemente; otras, debe interrumpir su impulso; otras más, debe ocupar la posición favorable de modo que el otro se vea obligado a desistir. Pero incluso en estas acciones físicas, el propósito no es matar, sino devolver la lucidez.

El error común de quienes buscan dominar este nivel es creer que consiste en evitar todo conflicto. Pero evitar desde el miedo no es virtud: es otra forma de confusión. La verdadera espada que da la vida actúa

cuando debe actuar. Corrige con firmeza cuando la firmeza es necesaria, y con suavidad cuando la suavidad basta. El criterio brota de una mente que ve el orden del mundo, no de una preferencia personal.

En esta enseñanza, el guerrero comprende que la fortaleza no es lo contrario de la compasión. La compasión auténtica requiere firmeza: firmeza para detener el mal, para enfrentar la injusticia, para corregir sin vacilación. La espada que da la vida no es débil: es más fuerte que la espada que mata, porque su fuerza surge de un orden más profundo.

Cuando el maestro actúa, quienes lo observan sienten calma. Su presencia disipa la confusión y restablece la armonía. No porque imponga autoridad mediante la violencia, sino porque su espíritu no está dividido. La claridad de su mente es percibida por los demás, y esto ordena aquello que estaba disperso.

El guerrero que domina esta espada vive sin arrogancia. No se enorgullece de evitar la muerte, pues sabe que el mérito no está en él, sino en el Camino. Actúa con naturalidad, sin buscar recompensa. Su propósito no es ser admirado, sino preservar la vida y mantener la armonía.

Cuando este nivel se alcanza, el conflicto disminuye. Cuando se olvida, la violencia surge. Así, la espada que da la vida se convierte en el puente hacia la enseñanza más alta: la espada que no necesita ser desenvainada.

Sin espada. (*Mutō* – 無刀)

La enseñanza de “sin espada” es la culminación del *heihō* (兵法). En este nivel, la espada deja de ser un arma para convertirse en una comprensión directa del mundo y del propio espíritu. Allí donde la espada que mata aún actúa dentro del conflicto, y donde la espada que da la vida lo corrige desde su raíz, *mutō* lo disuelve incluso antes de que exista.

Quien alcanza este estado no depende del arma, ni de la fuerza, ni de la destreza. Su poder nace de una percepción tan clara que el con-

flicto pierde forma antes de manifestarse. La acción adecuada surge sin esfuerzo; el peligro, al no encontrar resistencia, no puede asentarse. El adversario, al enfrentarlo, siente que no hay oposición, que su intención se debilita y su voluntad se dispersa. Es como tratar de golpear el vacío.

El principio fundamental de *mutō* es la ausencia de resistencia interior. Cuando uno se aferra a su posición —ya sea a la idea de vencer, de resistir, de preservar o de imponerse— el adversario encuentra un punto de ataque. La rigidez de la mente crea rigidez en el cuerpo, y la rigidez abre aperturas. Pero cuando la mente está libre, no hay lugar donde el otro pueda penetrar.

La victoria en este nivel no proviene del enfrentamiento, sino de la no-colisión. El maestro se mueve sin oponerse, fluye con la acción del otro y la conduce suavemente hacia su disolución. El adversario siente que sus movimientos son absorbidos por la nada; su ataque pierde fuerza porque no encuentra un blanco firme. En *mutō*, la neutralidad vence sin luchar.

“Sin espada” no significa ausencia de acción, sino acción sin forma fija. El guerrero no anticipa ni evita, no ataca ni huye: simplemente actúa desde la claridad. Esta claridad surge de un estado en el que la mente no se divide entre “yo” y “otro”, entre “golpear” y “ser golpeado”. Desde esa unidad, el movimiento correcto aparece por sí mismo, sin esfuerzo y sin error.

La enseñanza afirma que quien se aferra a la espada es vencido por quien no se aferra a nada. Esto no es un recurso metafórico: quien depende del arma, depende también de las formas, de las técnicas, de las estrategias. Quien depende de la percepción, en cambio, está siempre antes que el adversario. Percibe la intención antes de que tome forma y la neutraliza antes de que se complete.

En “sin espada”, la lucha física pierde importancia. El verdadero combate se decide en el instante previo al movimiento. Si el maestro percibe la intención antes de que la intención sea consciente, su sola presencia modifica la acción del otro. El adversario vacila: su energía se dispersa y el conflicto se deshace. Así se cumple la afirmación de que el nivel más alto del *heihō* consiste en vencer sin fuerza.

Este estado no se logra mediante técnicas secretas, sino eliminando las obstrucciones del corazón. El miedo, la ira, el deseo de victoria, la prisa, la duda o el orgullo enturbian la mente y la vuelven dependiente de lo exterior. *Mutō* requiere una mente transparente, capaz de adaptarse sin ser arrastrada.

El guerrero que alcanza este nivel posee una estabilidad inalterable. En medio del peligro, su espíritu permanece imperturbable; en medio de la confusión, su percepción es clara. No se deja impresionar por amenazas ni seducir por oportunidades ilusorias. Ve el flujo, no el instante aislado; ve el todo, no la parte.

Cuando se encuentra frente a un adversario, no proyecta hostilidad ni muestra intención de lucha. Su neutralidad desconcierta. Su serenidad disuelve la resolución del otro. La espada que no se desenvaina es más poderosa que la espada que corta, porque actúa sobre la raíz del conflicto y no sobre su manifestación externa.

Esta enseñanza es también un camino para la vida. El hombre que vive sin espada vive sin tensiones innecesarias, sin resistencia interior, sin choques inútiles. Su paso es ligero, su palabra es mesurada y su mente está en reposo. No porque evite los problemas, sino porque no se aferra a ellos.

Mutō es, en esencia, libertad:
libertad frente al miedo,
frente al deseo,
frente a la violencia,
frente a la necesidad de imponerse.

Quien posee esta libertad actúa de manera perfecta en cualquier circunstancia.

Con esta enseñanza culmina el *Heihō Kadensho*:
cuando la espada desaparece, el espíritu se vuelve invencible.

Epílogo. La claridad como camino en tiempos de confusión

El *Heihō Kadensho* nació en un Japón que había dejado atrás la guerra, pero no la inquietud interior. Los samuráis ya no se enfrentaban a ejércitos enemigos, sino a algo más sutil y persistente: la dispersión del espíritu, la confusión del corazón, la pérdida de propósito. El peligro ya no provenía del filo de una espada, sino de la incapacidad de ver con claridad en medio de la paz.

En nuestro tiempo, ese desafío no ha desaparecido. Vivimos rodeados de estímulos, exigencias y tensiones invisibles que saturan la percepción y debilitan la presencia interior. La espada que mata —la reacción impulsiva, la agresividad, el miedo que se disfraza de fuerza— sigue vigente. La espada que da la vida —la capacidad de corregir sin destruir, de actuar sin herir— sigue siendo un ideal difícil. Y la no-espada —ese estado donde el conflicto se disuelve antes de nacer— continúa siendo el mayor reto de la vida humana.

Lo que Yagyū Munenori enseñó a príncipes y gobernantes del período Edo conserva su poder hoy porque no depende del contexto militar, sino de la condición humana. Nos recuerda que toda violencia comienza como una confusión previa, que todo error nace en la mente antes de manifestarse en el cuerpo, y que toda acción verdaderamente justa brota de un corazón libre de fijaciones.

La conquista exterior —éxito, influencia, reconocimiento— es secundaria frente a la conquista interior: la victoria sobre el propio miedo, sobre el exceso de deseo, sobre la rigidez que nos ata a lo que creemos ser. El dominio real no consiste en imponerse a los demás, sino en no

ser arrastrado por las fuerzas desordenadas que surgen dentro de uno mismo.

El *Heihō Kadensho* invita a practicar esta lucidez. No propone técnicas secretas, sino un modo de estar en el mundo: ver antes de actuar, actuar sin tensión, moverse desde la claridad, no desde la reacción. En un tiempo donde el ruido es constante y la prisa se ha vuelto norma, esta enseñanza es más necesaria que nunca.

Quizá la mayor lección del tratado sea esta: cada uno de nosotros lleva una espada invisible, una espada que corta intenciones, decisiones y caminos. Podemos usarla para herir, para proteger o para disolver el conflicto antes de que aparezca. Podemos vivir atados a ella o podemos dejarla caer. Podemos luchar contra el mundo o podemos aprender a movernos sin resistencia.

Vivir “sin espada” no significa renunciar; significa no aferrarse. Significa actuar con claridad incluso cuando el entorno es incierto. Significa no convertirse en adversario de uno mismo.

Si este libro logra, aunque sea por un instante, que el lector vea con un poco más de nitidez, que actúe con un poco más de serenidad, que respire antes de reaccionar o que renuncie a un impulso innecesario, entonces su espíritu sigue vivo. Y en ese gesto silencioso —en esa no-espada— se revela la verdadera fuerza del Camino.

Notas sobre las fuentes

La presente traducción del *Heihō Kadensho* se ha realizado a partir de un trabajo comparativo entre diversas ediciones japonesas y las principales traducciones occidentales. Como base textual se empleó la edición de Iwanami Bunko, considerada la más filológicamente estable dentro del corpus del japonés clásico, cuyo aparato crítico permite identificar lecturas alternativas y resolver ambigüedades propias del estilo del siglo XVII. Este texto se cotejó con la versión en japonés moderno preparada por Watanabe Makoto para PHP, que clarifica giros arcaicos sin alterar la arquitectura conceptual del original. La confrontación entre ambas permitió establecer un eje de trabajo sólido desde el que reconstruir el sentido doctrinal de cada sección.

En paralelo, se consultaron sistemáticamente las traducciones inglesas de referencia, especialmente la realizada por William Scott Wilson (*The Life-Giving Sword*) y la de Thomas Cleary (*Soul of the Samurai*). Aunque sus interpretaciones difieren en matices filosóficos y en la elección terminológica, su lectura conjunta ofrece un marco útil para comprender los pasajes donde convergen heihō, psicología del combate y pensamiento zen. Estas versiones no se adoptaron como modelo, pero sí funcionaron como espejos críticos que permitieron comprobar consistencia conceptual, detectar posibles interferencias culturales y evitar soluciones de traducción que alteraran el sentido original.

Las ediciones en castellano actualmente disponibles fueron igualmente revisadas, no para establecer dependencias, sino para situar esta traducción dentro de la tradición hispanohablante. Su consulta ayudó a identificar decisiones terminológicas consolidadas —como *espada que da la vida* o *no-espada*— y a evaluar la pertinencia de mantener o renovar ciertos términos. Sin embargo, se optó por un enfoque independien-

te, retornando siempre al japonés para definir el significado preciso de expresiones técnicas como *maai*, *mushin*, *katana no kokoro* o *kokoro no utsuroi*, cuyo valor doctrinal excede las soluciones simplificadas que a veces aparecen en otros idiomas.

Uno de los aspectos más delicados de la traducción fue el tratamiento del japonés clásico, un registro donde la sintaxis elíptica, la economía verbal y la ambivalencia semántica permiten múltiples interpretaciones. Para resolver estos pasajes se aplicó un criterio doble: por un lado, fidelidad conceptual estricta respecto al texto fuente; por otro, claridad expresiva en castellano sin añadir explicaciones ajenas al estilo de Munenori. Cuando la literalidad atentaba contra la comprensión, se prefirió una reformulación que preservase el contenido doctrinal antes que los accidentes gramaticales. Cada intervención se apoyó en la comparación entre ediciones japonesas, evitando decisiones arbitrarias.

En los segmentos donde Munenori dialoga de manera implícita con la tradición zen —especialmente con Takuan Sōhō y su *Fudōchi shinmyōroku*— se procuró mantener el tono de sobriedad conceptual propio de ambos. Las referencias al vacío, a la mente sin fijación o al ritmo interior del adversario se tradujeron atendiendo tanto a la semántica del japonés como al marco filosófico que las sostiene. Cuando un término adquiriría capas doctrinales imposibles de traducir en una sola palabra, se optó por mantenerlo en su forma romanizada y glosarlo inicialmente, permitiendo que el lector siga su trayectoria conceptual a lo largo del texto.

El resultado final aspira a ofrecer una versión que respete la precisión del original y, al mismo tiempo, permita al lector contemporáneo acceder a su profundidad sin obstáculos lingüísticos. Más que trasladar palabra por palabra, esta traducción busca transmitir la manera en que Munenori piensa: la claridad como método, la percepción como núcleo de la acción y la espada como metáfora del gobierno interior. Si la voz del maestro llega al lector con nitidez, si el ritmo de sus imágenes se percibe sin opacidad, puede afirmarse que el trabajo de traducción ha cumplido su cometido fundamental.

Referencias

Fuentes primarias (ediciones japonesas)

Yagyū, M. (1985). 兵法家伝書: 付新陰流兵法目録事 (Watanabe, I., Ed.). Iwanami Shoten.

Yagyū, M. (2012). 新訳 兵法家伝書 (Watanabe, M., Trad. y Ed.). PHP Kenkyūjo.

Traducciones

Traducciones al inglés

Yagyū, M. (2012). *The life-giving sword: Secret teachings from the house of the shogun* (Wilson, W. S., Trad.). Shambhala Publications.

Cleary, T. (2014). *Soul of the samurai: Modern translations of three classic works of Zen & Bushido*. Tuttle Publishing.

Traducciones al castellano consultadas

Yagyū, M. (2023). *Heiho Kadensho. El camino de la espada: Estrategias de samurai para el día a día* (Tucci Romero, B., Trad.). Ediciones Librería Argentina.

Yagyū, M. (s. f.). *Escritos familiares sobre el arte de la estrategia* (Tucci, N., Trad.). Editorial Vacuo.

Estudios y contexto histórico-doctrinal

Hurst, G. C. (1998). *Armed martial arts of Japan: Swordsmanship and archery*. Yale University Press.

De Lange, W. (s. f.). *Estudios sobre Yagyū Shinkage-ryū y la cultura bushi* [Serie de monografías]. Japan Library.

Takuan, S. (2012). *The unfettered mind: Writings of the Zen master to the sword master* (Wilson, W. S., Trad.). Shambhala Publications.

Autor desconocido. (s. f.). *Yagyū Munenori y el Heihō Kadenshō* [Ensayo en PDF]. Kenshinkan Badajoz.

Glosario de términos japoneses

Heihō (兵法)

Traducción: método del guerrero; arte de la estrategia.

Definición: No se refiere únicamente a técnica militar, sino a la integración entre percepción, claridad interior y acción correcta. Es el fundamento del pensamiento de Yagyū Munenori: un camino de gobierno interior.

Katsujin-ken (活人剣)

Traducción: la espada que da la vida.

Definición: Segundo nivel del *heihō*. No busca destruir, sino corregir, prevenir el conflicto y preservar la armonía. Es la espada que actúa desde la responsabilidad, no desde la violencia.

Maai (間合い)

Traducción: distancia y oportunidad; intervalo adecuado.

Definición: Relación entre espacio, tiempo y ritmo entre dos adversarios. En Munenori, también es una metáfora para la distancia correcta ante los problemas y las circunstancias de la vida.

Mutō (無刀)

Traducción: sin espada.

Definición: Culminación del Camino. No significa ausencia de acción, sino acción sin rigidez. Estado en el que la percepción es tan clara que el conflicto se disuelve antes de manifestarse. Representa la libertad interior absoluta.

Mushin (無心)

Traducción: mente sin mente; ausencia de fijación.

Definición: Estado mental libre de apego, miedo o deliberación excesiva. La acción surge de manera natural, sin interferencias. Base del zen y del *heihō* de alto nivel.

Satsujin no Tachi (殺人刀)

Traducción: la espada que mata.

Definición: Primer nivel del *heihō*. Describe el combate directo, donde el peligro es real y la vida está en juego. Representa la reacción impulsiva y el enfrentamiento inevitable, pero también el primer paso hacia la comprensión del conflicto.

Seishin (精神)

Traducción: espíritu, mente, centro vital.

Definición:

En el *Kadensho*, se refiere al núcleo perceptivo del guerrero. Cuando el *seishin* está nublado, la espada pierde claridad. Cuando está sereno, la acción se vuelve precisa y sin esfuerzo.

Shin (心)

Traducción: corazón, mente, intención profunda.

Definición: Concepto clave para entender la acción correcta. El *shin* determina la percepción; la percepción determina la acción. Munenori insiste en que el corazón es el verdadero campo de batalla.

Tachi (無刀 / たち)

Traducción: espada (general).

Definición: En el contexto del *Kadensho*, se refiere no tanto al arma física como al **estado mental** asociado a su uso. La espada es símbolo, metáfora y espejo.

Zanshin (残心)

Traducción: corazón que permanece; atención continua.

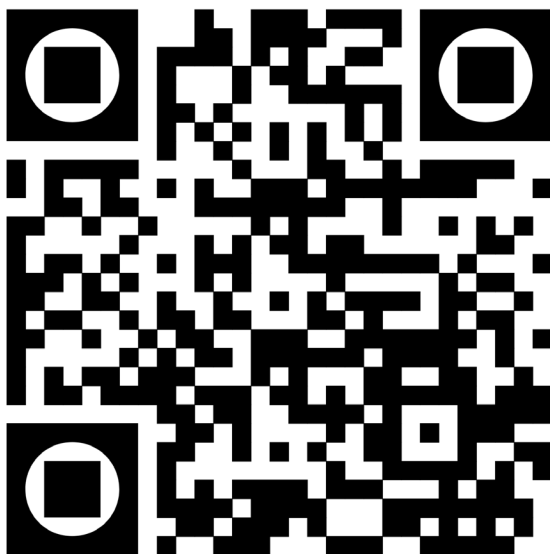
Definición: Estado de alerta serena después de la acción. No tensión, sino disposición perceptiva. Es la continuidad del espíritu más allá del movimiento.



Publicación digital de Fundación Ediciones
Clío.

Maracaibo, Venezuela,

Diciembre de 2025



Mediante este código podrás acceder a nuestro sitio
web y visitar nuestro catálogo de publicaciones

El *Heihō Kadensho*, escrito en el Japón del siglo XVII por Yagyū Munenori, es uno de los textos más profundos y sutiles jamás dedicados al arte del combate y a la formación del carácter. Aunque nace del mundo de la espada, su verdadero territorio es el de la mente: cómo percibe, decide y actúa el ser humano ante la presión, el conflicto y la incertidumbre. Esta nueva edición presenta una traducción rigurosa y un estudio preliminar que sitúan la obra en su contexto histórico, filosófico y espiritual, mostrando cómo Munenori articuló un modelo de autocultivo que combina la disciplina marcial con la claridad interior promovida por el Zen.

Lejos de ser un manual técnico, el *Kadensho* funciona como un espejo donde el lector descubre el origen de sus movimientos —físicos y mentales— y la raíz de sus decisiones. A través de enseñanzas, metáforas y advertencias, el autor revela un modo de mirar la realidad en el que la eficiencia, la serenidad y la lucidez se convierten en un único gesto. Esta edición busca ofrecer al lector contemporáneo una puerta de acceso limpia, fiel y exigente a uno de los textos fundamentales de la tradición japonesa sobre la vía, la estrategia y el dominio de uno mismo.

Dr. Jorge F. Vidovic

Director Fundación Ediciones Clío

ORCID: <https://orcid.org/0000-0001-8148-4403>



Ediciones
Clío